

ASI ERA...ASI SON: AMPUERO

(Artículo publicado por Damián Revuelta en el nº 2 de la revista *La Talanquera* del mes de Julio de 2004)

Si ustedes le preguntan a cualquiera que no tenga un conocimiento detallado, o que simplemente no conozca Ampuero más que de vagas referencias, qué es lo que le sugiere el nombre de esta Villa montañesa ubicada en la zona oriental de Cantabria, es muy posible que su respuesta tienda a identificar Ampuero, bien con el río Asón del cual es cabecera de comarca (y por extensión con la pesca del salmón que le hizo famoso) o bien con sus encierros taurinos, la popular “encerrona”, que desde hace más de sesenta años se celebran en honor de la virgen Niña, patrona de la localidad.

Ampuero, al igual que otros municipios próximos de la Cantabria oriental y de los cercanos valles de las Encartaciones vizcaínas, cuenta con una tradición taurina de siglos en lo que a celebración de festejos taurinos se refiere, tradición que, sin duda, está íntimamente ligada a la existencia en los montes limítrofes de Cantabria con Vizcaya (montes de “Remendón”) de una raza bovina autóctona de carácter salvaje, la raza “monchina”, cuyos individuos se criaban en libertad. Eran, o son todavía, unos animales de pequeño tamaño, pelo castaño o rojizo, y encornadura circular de astas cortas, blanquecinas y finas, ligeramente corniveltas; y caracterizados más por el genio que por la bravura.

Los toros y vacas “monchinas” eran capturados por los lugareños con la ayuda de perros villanos; y debidamente ensogados eran conducidos a los pueblos y barrios cercanos, para ser lidiados el día del Santo o la Virgen del lugar. Con posterioridad a su lidia y muerte, la carne era repartida entre los vecinos para el consumo doméstico. Esa es la razón de la presencia de antiguos cosos taurinos de carácter rústico junto a iglesias y ermitas, o muy cerca de éstas, algunos de ellos en pleno monte, como los existentes en el enclave montañés de Villaverde de Trucios. A pocos kilómetros del hábitat natural monchina, se encuentran también las plazas de toros fijas o de fábrica de las localidades de Castro Urdiales, Santoña, Ampuero, y la centenaria plaza cuadrada de Rasines, todas ellas en Cantabria. En las villas encartadas de Vizcaya podemos citar los cosos de Carranza, Trucios, Sopena o Valmaseda.

Llama la atención el paralelismo existente entre este hecho, que vincula la existencia de una raza bovina salvaje o montaraz con determinadas tradiciones taurinas, con otro similar que podemos constatar en Guipúzcoa en relación con los toros de Lastur, que pastaban en los montes del pueblo que les dio nombre y en cuyo centro aún hoy existe un pequeño coso de lidia rústico. Y, curiosamente, muy cerca de Lastur, en la villa de Deba, tienen lugar los únicos encierros taurinos (sokamoturras aparte) de toda Vasconia, que junto a los de Ampuero, aunque menos conocidos que éstos, son los únicos que actualmente tienen lugar en toda la cornisa cantábrica.

No obstante esa tradición taurina en la que evidentemente hunden sus raíces los encierros de Ampuero, éstos, a diferencia de otros encierros famosos de tradición centenaria, no surgen como tales encierros hasta mediados del siglo XX. Concretamente, suele fijarse el de 1941 como el primer año de su celebración formal, aunque el hecho causante de su nacimiento (posiblemente el año anterior, en 1940) estuvo relacionado, al parecer, con el río Asón, que en una de sus habituales riadas anegó los corrales de la vieja

plaza de toros de La Nogalera, en los cuales había encerradas varias vaquillas para recreo de la afición en los días de las fiestas patronales, tal y como era costumbre. La operación de salvamento de las vaquillas que los “padres” del encierro organizaron para trasladarlas a una finca cercana, más segura, se convirtió en un improvisado encierro cuyo acontecimiento resultó del agrado general. Tan es así, que al año siguiente ya se anunció en la prensa de Santander, la celebración de un “sanfermín” en Ampuero con motivo de las próximas fiestas patronales, el cual tuvo lugar el día 14 de septiembre de 1941, fecha del primer encierro celebrado por las calles de Ampuero. En años venideros, el encierro quedaría institucionalizado el día 8 de septiembre, festividad de la Virgen Niña, Patrona de la Villa.

Desde entonces, muchas son las vivencias y vicisitudes por las que a tenido que pasar el encierro de Ampuero, contribuyendo todas ellas a darle carácter e impronta: los sucesos de 1948, con el toro de los hermanos Ramos que se escapó y la lió gorda; la prohibición gubernativa del encierro al año siguiente de aquellos hechos y como consecuencia de ellos, que duró hasta 1954, año en que el gobernador manco de Liérganes D. Jacobo Roldán Losada volvió a autorizarlo; el desplome de una tribuna del público en 1959, que ocasionó varios heridos justo momentos antes de salir los toros a la calle; la “edad dorada” del encierro en los años cincuenta y sesenta, inolvidables para quienes, siendo jóvenes entonces, tuvieron la suerte de vivir la “encerrona” en todo su esplendor; la mayoría de edad alcanzada con la instauración en 1969 de un segundo encierro, que pasó a celebrarse el día 9 por la tarde; la voladura en 1975 de la antigua plaza de toros de La Nogalera, que siempre estará unida a los recuerdos de nuestra infancia; la ilusión generada por la inauguración de una nueva plaza de toros en 1977; los tres encierros matinales que empezaron a celebrarse a partir del año 1981 al socaire de la recién instaurada feria de novilladas picadas del “Salmón de Plata”; las indefiniciones y las dudas en cuanto al ganado que corría en los encierros durante toda la década de los ochenta y gran parte de los noventa, en los cuales se alternaban años de buen ganado con otros en los cuales las reses de capea utilizadas venían a contradecir la emoción inherente a la autenticidad del encierro; la sabiduría y ciencia que derrochaban, igual de día que de noche, las vacas de Ozcoz y de Macua...

En fin, muchos años, décadas ya, de jolgorio, de sana diversión, de buen humor, de incesante algarabía previa al encierro, protagonizada por una ingente multitud de jóvenes con su ir y venir en “cadenetas” por el recorrido del encierro, los pasacalles de las primeras peñas. Días de vino, más que de rosas. Y de nervios, y tensión, provocada por el súbito estampido de las tres bombas avisadoras de la inminente presencia de los de raza brava en la calle. Y, sobre todo, aquellas multitudinarias carreras delante de los novillos-toros llenas de emoción, con los consiguientes sustos y revolcones, generalmente sin consecuencias graves, aunque en algunas ocasiones también corrió la sangre por cornadas graves e, incluso, se rozó la tragedia.

Poco queda ya de aquel ambiente matutino previo al encierro. Los tiempos han cambiado. Los decibelios nocturnos han acabado por desplazar la música de viento, bombo y platillo. Pero a cambio, el encierro en si, ha ganado en seriedad y dignidad, aunque haya descendido el número de corredores. Ahora son menos, sin duda, pero los que están, saben a lo que están, y lo que se juegan. Por eso, en Ampuero, hoy se corre mejor que nunca, con lo que el encierro ha ganado en vistosidad.

Si a esa nota de seriedad en cuanto al desarrollo actual del encierro, consolidada en los últimos lustros, le añadimos que desde el año 1997 se vienen corriendo de forma invariable, los novillos-toros utrerros (normalmente de una presentación más que correcta) a lidiar en las novilladas con picadores vespertinas, junto a una buena organización, pues tenemos la combinación adecuada de los que consideramos el modelo ideal del encierro de Ampuero que hay que consolidar, mejorando los aspectos que haya que mejorar, a fin de mantener, y aumentar si cabe, su prestigio y capacidad de convocatoria en los nuevos tiempos.

Y, por que no, tenemos que aspirar a ocupar un lugar destacado en el calendario nacional de festejos taurinos populares; tenemos que abrirnos e intentar atraer a los aficionados de otras regiones. Hay que explotar las potencialidades de atracción turística de nuestro encierro. Para ello hay que hacer las cosas bien, con imaginación, con esmero, manteniendo lo bueno y mejorando lo necesario; innovando, también, cuando sea preciso.

Tradición y experiencia no nos faltan. Nada menos que 63 años y 115 carreras nos contemplan desde aquel lejano 14 de septiembre de 1941.